



PRECIOS DE SUSCRICION

UN AÑO. OCHO REALES en toda España, pagados por adelantado. Se publican cuatro números al mes. No se admiten suscripciones por menos de un año. Un número suelto, DOS CUARTOS en toda España. Números atrasados, UN CUARTILLO DE REAL cada uno. Las suscripciones dan principio desde el último número publicado, y siguen hasta igual día del año siguiente. Para suscribirse, remitir OCHO REALES a don Urbano Manini, calle de Villalar, núm. 6, MADRID. Las personas que deseen los números publicados, al hacer el pedido acompañarán su importe.

DIRECTOR

DON URBANO MANINI

ADMINISTRACION

Calle de Villalar, número 6, (Recoletos)

MADRID

MODO DE SUSCRIBIRSE

EN MADRID, satisfaciendo OCHO REALES en esta Administración, calle de Villalar, núm. 6, (barrio de Recoletos), se recibe a domicilio durante UN AÑO y cuatro veces al mes *La Ilustración Universal*. EN PROVINCIAS, remitiendo OCHO REALES en sellos ó libranza a don Urbano Manini, calle de Villalar, núm. 6, MADRID. Se recibe semanalmente por el correo y porte franco durante un año *La Ilustración Universal*. De *La Ilustración Universal* se tira una edición de lujo cuya suscripción cuesta 24 reales al año. ANUNCIOS:—A precios convencionales.

AÑO II.

OCTUBRE.—1879.

NÚM. 84.

LA LOCOMOCION AÉREA

La inclinación natural del hombre á su perfectibilidad moral y material, se aprecia en todo su valor, cuando se dirige una mirada retrospectiva y se estudia el estado de su cultura en los pasados tiempos.

Para considerar todo lo que hemos progresado científicamente «en los medios de locomoción», no es necesario seguramente remontarnos á épocas muy antiguas: pero no todos tienen noción bastante clara de los trabajos, fundamentales unos, y de desarrollo y perfeccionamiento otros, en virtud de los cuales, alcanzamos el grado de comodidad, rapidez y bienestar con que hoy nos vemos trasladados de un punto á otro á importantísimas distancias.

La transición entre los elementos de arrastre por la fuerza animal á los del vapor y pneumatismo, significa un paso gigantesco en la historia del movimiento humano.

Los datos que á continuación expondremos, servirán de confirmación á nuestro aserto.

Corría el siglo XVII, y ocupándose de la trascendencia que las corrientes de aire bien aplicadas podrían alcanzar en beneficio de la locomoción, escribía una autoridad sagrada, que gozaba legítimamente también de la científica (1): «La velocidad que el viento ha comunicado á algunos coches provistos de velas, ha sido tan grande, que ningún barco puede llegar á tenerla igual. Basta para ello considerar que en muy pocas horas pudo un coche transportar diez personas de un punto á otro, distantes entre sí 222 kilómetros, pareciendo que marchaban en dirección contraria los hombres que delante corrían, y llegando el coche con sus velas, en un abrir y cerrar de ojos, á los puntos más distantes y lejanos.»

La generación presente juzgará, sin duda, con la risa en los labios, el entusiasmo del venerable obispo, que en su tiempo creía ya un inmenso progreso (y lo era en realidad), la locomoción por el auxilio del viento.

No obstante, China conoció desde tiempo inmemorial esta aplicación, y Holanda la empleó con provecho durante la Edad Media, como atestigua el grabado de la época que damos al final del presente artículo.

El venerable Monseñor Wilkins llevó su entusiasmo hasta el punto de mandar construir un vehículo, movido por un aspa, semejante á la de los molinos de viento, puesta en acción constante por me-

dio de velas, que cualquiera que fuese la dirección de la corriente aérea, permitiese la marcha rápida y desembarazada.

El experimento resultó á maravilla; pero no había sonado la hora de su utilización.

El problema de la rapidez estaba reservado al siglo XIX.

Los rails de nuestras líneas férreas eran los llamados á resolverle.

Y véase por donde lo que parecía destinado á concluir con todo sistema antiguo, vino á ser grandemente provechoso en ciertas y determinadas aplicaciones.

Pocos años después de establecido el camino de hierro en los Estados-Unidos, se ensayó el antiguo procedimiento de las velas, aplicadas á mover un wagon que recorriese las dilatadas llanuras de su línea, y el resultado de su velocidad resultó comparable á la de los trenes *express* más rápidos.

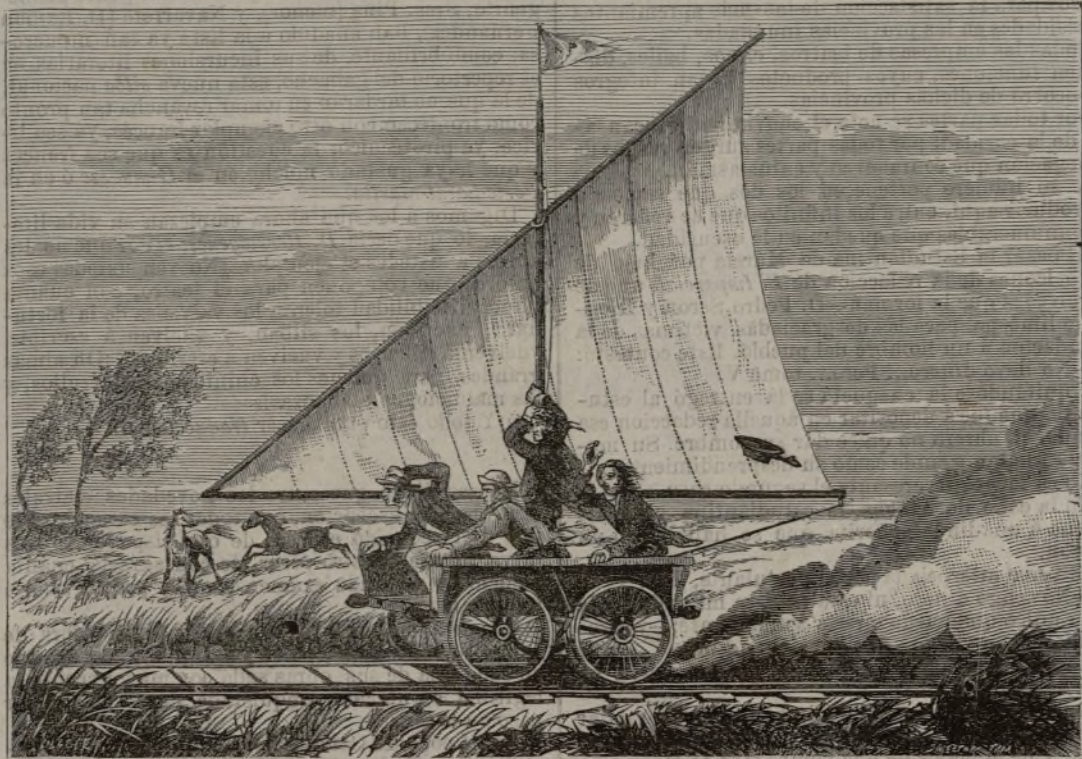
En vista de este maravilloso éxito, mister C. I.

Bascom, imaginó un wagon de velas, cuyo dibujo, tomado de fotografía, publicamos seguidamente, wagon que hace ya tiempo está en constante servicio en toda la extensión de la línea *Kansas-Pacific*, para el transporte de los objetos, instrumentos y útiles necesarios á la reparación de bombas, depósitos, postes, hilos telegráficos, etc., etc.

Este wagon recorre, unas veces, 48 kilómetros por hora, y otras 64, según la intensidad del viento y su impulsión en línea recta, y háse dado el sorprendente caso de hacer 135 kilómetros en cuatro horas, con viento contrario y sin perjuicio de las frecuentes y prolongadas curvas de la vía.

Este vehículo, cuya descripción debemos al *Scientific American* (1), mide seis pies y pesa 600 libras; tiene cuatro ruedas de 30 pulgadas de diámetro, y un mástil sostenedor de las velas, que tiene

(1) Periódico de New-York.



WAGON DE VELAS EN LA LÍNEA KANSAS-PACIFIC (Estados-Unidos)

(1) El reverendo obispo WILKINS, en el libro *Magia matemática*, 1648.

15 pies y una extension total de 81 pies cuadrados. El mástil tiene de alto 11 pies; cuatro pulgadas de grueso en la base, y dos en la cúspide. La construccion de este vehiculo es muy económica, y su utilidad reconocidísima, pues evita el trabajo corporal de muchos hombres, impulsando con la mayor facilidad muchos wagones.



Coche de velas usado en Holanda en el siglo XVII.

ACTUALIDADES

Seríamos injustos, más aún, faltaríamos a un deber sagrado, si en medio del dolor y la amargura con que recibimos, y continuamos recibiendo noticia detallada de las inmensas desgracias sufridas por nuestros hermanos de las provincias de Levante, no consignáramos la satisfacción inmensa con que asistimos al grandioso espectáculo que en estos instantes ofrece el pueblo español con su indescriptible sentimiento de caridad, con su inapreciable espíritu de desinterés, desprendimiento y abnegación en favor de las víctimas de las inundaciones en Murcia, Almería y Alicante.

Ni por un momento dudamos del resultado que habia de ofrecer el llamamiento a la *Caridad Nacional* de este pueblo, modelo de pueblos magnánimos, tan pronto como se le hiere en la fibra del sentimiento pátrio.

No hay frases que basten a expresar la medida en que ha respondido a la súplica que le fué dirigida. Las redacciones de nuestros colegas *La Correspondencia*, *El Imparcial* y *El Liberal*, se vieron convertidas, desde el primer momento, en almacenes de ropas, útiles y efectos, depositados a manos llenas por la caridad pública.

La depositaria abierta a las ofrendas personales en las oficinas del Banco de España, se ve constantemente frecuentada por individuos de todas las jerarquías sociales, ávidos de añadir su óbolo a la suscripción nacional.

El comité ejecutivo para la recaudación y distribución de socorros, no descansa en la tarea de su elevada misión.

Todas las corporaciones, oficiales y particulares, las Academias, los Ateneos, las Sociedades de todos géneros, se ocupan con preferencia en arbitrar recursos para la satisfacción de las más apremiantes necesidades en las provincias inundadas.

Todas las empresas de teatros, circo, bailes, disponen funciones, cuyos productos vayan íntegros al socorro de dichas provincias.

Por todas partes se nota el movimiento incansable de la caridad; por todas partes surgen rasgos de abnegación que conmueven y entusiasman.

A su número pertenecen los dos que vamos a reproducir aquí, entre los infinitos que se refieren y los innumerables que quedan en la oscuridad.

Al pasar la Estudiantina de Murcia por bajo de los balcones de la redacción de *El Imparcial*, uno de los jóvenes que la forman—D. Pedro Serrón y Ríos—pidió limosna para las desgraciadas víctimas de la inundación a un hombre del pueblo. Este contestó: —No llevo dinero... Pero... tome V.

Y quitándose la chaqueta se la entregó al estudiante, que fué a depositar en aquella redacción esa prenda. El obrero no quiso dar su nombre. Su modestia fué tan grande como su desprendimiento.

No es ménos interesante el segundo caso. En la calle de Atocha, la estudiantina pidió limosna a una linda señorita que se hallaba en un balcón.

Al verse interpelada por el postulante, dijo: —No tengo dinero, ni está en casa mi padre: allá vá lo único que puedo ofrecer actualmente;—y arrojó una pulsera de oro que llevaba puesta.

La estudiantina y el público prorrumpieron en una salva de aplausos.

No acabáramos nunca si hubiéramos de relatar los hechos de este género que llegan a nuestra noticia, y de aquellos de que hemos sido testigos.

Todos, grandes y pequeños, ricos y pobres, conocidos y oscuros, piensan preferentemente en el mis-

mo asunto, les embarga idéntico sentimiento, les preocupa una sola intención; la de aliviar pronto, y hasta donde llegue el común esfuerzo, la desgracia de sus semejantes.

El viaje de S. M. a las provincias inundadas, ha proporcionado a nuestro rey, tristísima pero elocuente ocasión de estimar por sí mismo la legítima explosión del sentimiento de cariño y respeto, que el pueblo español profesa a sus monarcas, cuando los halla en el camino de la virtud.

Las lágrimas y las bendiciones de aquellos desvalidos, han afectado hondamente el generoso corazón del rey, que por todas partes ha dejado señaladas pruebas de su espléndida munificencia.

La última circular del Excmo. Sr. Ministro de la Gobernación, encaminada a prevenir y evitar, en todo lo posible, la repetición de las catástrofes que actualmente deploramos, ha merecido y merece, en justicia, los más sinceros y expresivos aplausos de cuantos aman bien su patria; y en este concepto, la prensa de todos matices la acogió y celebró con caurosos elogios.

Unimos nuestra modesta pero entusiasta felicitación, a las que con este motivo lleva recibidas el Excmo. Sr. D. Francisco Silvela.

La actividad de las empresas teatrales, si no ha dejado de ser fecunda, en cambio ha sido de insignificantes resultados, con una sola excepción.

El teatro Español ha visto pasar sobre su escena, como planta humana sobre áscuas, un drama debido a la *sociedad literaria*, Echevarría-Santivañez, titulado *El Ejemplo*.

Producción encerrada en los límites de una forma culta, y en determinados momentos galana y conmovedora, basada en un asunto simpático desde luego, cual es siempre el de la firmeza en el cumplimiento del deber, no ha conseguido, sin embargo, esta obra salir del círculo de las producciones de vida efímera y de poquísimos momentos.

Y la razón es muy sencilla. Aparte, como ya hemos dicho, de determinados momentos de pasión, el drama adolece de un capital defecto. Sus resortes dramáticos no exceden en un sólo punto el nivel de la vulgaridad.

Por otra parte, el desempeño de la obra fué poco menos que deplorable.

Rafael Calvo, con su peluca y cejas empolvadas, no se acordó de la edad que tenía en la obra, y habló, se movió y desplantó con arreglo a la vitalidad que cuenta.

Nos recordó muchas veces al famoso *pastor* en el *Valle de Andorra*, que apareciendo muy encorvado y achacoso, daba con la cabeza en las bambalinas, y con los brazos en las plateas de proscenio, tan pronto como empezaba a cantar.

Todo lo que hizo estaba en diametral oposición con lo que le tocaba representar.

¡Que Dios y los autores del drama se lo perdonen!

El *inteligente* director del teatro de la Comedia, en su deseo de reparar al público de los *tres fiascos* con que le habia obsequiado, dispuso el *cuarto*, y le salió a pedir de boca.

Llevó a la escena un *arreglo*, desarreglo del vaudeville *Le petit Ludovic*, con el título *El primer hijo*.

Los desnaturalizados padres de este pobre primogénito, Sres. Pina (menor), y Navarrete (D. Ramon Fernandez), han añadido a la lista ya tan numerosa, como brillante, de sus incursiones literarias en el repertorio del gabacho, esta nueva *silba nacional*, de la que no tardarán en tomar revancha tan pronto como tropiecen con otro ejemplar francés, ya sea lírico, ya pirótecnico; la cuestión es que sea francés y que haya gustado mucho en el *Gimnasio* ó en la *Porte-Saint-Martin*.

Digamos a los que ahora empiezan su vida literaria, lo que decía D. *Hermógenes*: «¿Por qué no les anima a ustedes el ejemplo? ¿No ven ustedes esos autores que componen para el teatro, con cuanta imperturbabilidad toleran los vaivenes de la fortuna?... Escriben, los silban, y vuelven a escribir; vuelven a silbarlos y vuelven a escribir... ¡Oh almas grandes, para quienes los chifidos son arrullos, y las maldiciones alabanzas!»

¡Y todo esto para hacer traducciones!!!

Hemos dicho que entre las novedades teatrales figuraba una excepción, con todos los caracteres de tal, y el reducido espacio de que disponemos nos priva, bien a nuestro pesar, de consagrarla cuanta atención y detenido examen merece por su valor é importancia.

Constituye aquella excepción la última obra de Don Leopoldo Cano, poeta y autor dramático, que en cada una de sus obras sella con mayor acento la legítima reputación conquistada desde su primer paso en la escena.

Don Leopoldo Cano pertenece de hecho y de derecho al contado número de aquellos nacidos para realizar brillantemente toda empresa a que consagran su privilegiada inteligencia.

Niño aún, emprendió la senda de una carrera tan difícil como distinguida, y alcanzó el superlativo de las calificaciones académicas, con el aplauso y el cariño de profesores, compañeros y amigos.

Ocurrióle un día escribir un drama; y relegando a ratos la solución de los áridos problemas matemáticos, encontró resuelto con suma facilidad el de crear una fábula, exponerla, tramarla y darla desenlace dramático, embelleciéndola con las galas de un estro poético, tiernísimo a veces, vigoroso otras, y siempre elevado y conmovedor.

Con sus dramas *Los laureles de un poeta* y *La opinión pública*, el Sr. Cano atrajo hacia sí las miradas de la crítica, que desde luego conoció en él la fibra y el talento de un autor llamado a rebasar con mucho los límites de la medianía.

Hoy, no a nosotros, que tuvimos la fortuna de conocer en él desde muy pronto privilegiadas dotes de entendimiento, sino a los que juzgaron con prevención y desconfianza injustificadas, su rara valía, ha ofrecido nueva y elocuentísima prueba de lo que alcanza y está llamado a alcanzar siempre que aplique su ingenio al cultivo de las letras.

Su última comedia *La Mariposa*, es la obra de un autor, y con esto está hecho su elogio, sin necesidad de usar los adjetivos de ese vocabulario usual y corriente, cuya aplicación encajan ciertos *Zoilos* al emborronador más picudo y adocenado.

Forma, fondo, caracteres, situaciones y efectos, son dignos de completa loa, y mezquinos y para pasados en completa omisión, los lunares que, como obra al fin humana, pudieran señalarse en tan hermosa comedia. Así lo ha demostrado el público, acogiendo y celebrándola calorosamente, y discerniendo a su autor el legítimo premio de su triunfo.

La interpretación de esta obra, falta de conjunto como todas las que en el teatro Español vienen de largo tiempo apareciendo en escena, ha proporcionado merecida ovación a la Srta. Mendoza Tenorio.

Esta actriz, mucho tiempo hace juzgada por nosotros, ha comprendido, sentido y expresado su difícil y áspero papel.

Es cuanto en juicio serio y elogio sincero puede decirse.

La señorita Mendoza Tenorio pertenece al contadísimo número de *verdaderas artistas* que hoy cuenta la escena española.

La Zarzuela nos ha presentado un nuevo traductor: el *ex-tenor* Sr. Dalmau.

Amor que empieza y amor que acaba es el título de un arreglo del francés muy discretamente hecho, y con el cual el Sr. Dalmau ha demostrado superioridad de criterio sobre el *de mucha gente del oficio*.

La música, del maestro Caballero, es digna por completo de su talento y de su inspiración.

Los honores de la escena fueron para la Srta. Soler Di-Franco, verdadera perla del arte en aquella compañía.

Entre las noticias de *última hora* política, se cuenta la próxima llegada a Madrid del Sr. Posada Herrera.

Suponemos que, de venir y tomar parte en la discusión del problema social en nuestra isla de Cuba, contarán los esclavistas con su voto, puesto que no ha de ponerse ahora en contradicción con sus teorías, quien tiene dicho: ¿Qué pedazo de pan dais a los pueblos cuando les concedéis un derecho?

Concluimos esta crónica dando gracias al señor marqués de Torneros, alcalde presidente, por la atención que nos ha dispensado al remitirnos un ejemplar de la *Memoria sobre la administración municipal de París*, comentada por el Ilmo. Sr. Don José Dicenta y Blanco.

EDUARDO SACO.

¡¡YA LLEGÓ!!

Gloria in excelsis... nómbrase

Era viernes de mañana,
Y haciendo mal tercio al sol
Que a tal hora aparecía,
Hizo aquí su aparición.
Vestía inmodestamente
Un mal hecho *paletot*,
Americana rabona
Y gótico pantalón.
Cubriendo aquella sesera,
Asombro de Campoamor,
Con un gorriño biforme,
Entre bonete y *chacó*.
Apénas vieron los *haisares*
Salir humo del wagon
Cuando exclamaron:—*¡Ahí viene!*
Y un *¡hurra!* conmovedor
Fué a perderse en las alturas
Del presupuesto español.
Rotos de una vez los diques
De la amistosa emoción,
Cayó el monstruo entre los brazos
De tales hombres de pró
Como Valdeiglesias, Trives,

Brabo, Fabié, Cos-Gayon,
Cruzada, Lopez Guijarro,
Cárdenas, Garrido y Bosch.
Allí estaba Macanaz
Trémulo, febril, sin voz,
Mostrando el pesar intenso
Que á Toreno le debió:
Allí Perez de Guzman,
Modelo de abnegacion,
Consecuencia, lealtad,
Y juicio conservador,
Esperaba á don Antonio
Con la misma decision
Con que escribia á Zorrilla
Aquello que le escribió.
Allí, en fin, toda la hueste
Que esperaba al redentor,
Presenció el abrazo tierno
Con que uno y el otro Anton
Sellaron la paz jurada
En provecho de los dos.

Después, después el silencio,
El desfile, el apretón,
El ¡que vaya usted á verme!
Lo de ¡prudencia por Dios!
¡Prudencia, por pocos días!
¡Que de esto me encargo yo!
Y los unos en simones,
Y los otros en landó,
Y muchos en el tramvía
Y apeonando más de dos.
Dieron la vuelta á Madrid
Contando por el reló
Los instantes de existencia
Que tendrá la situacion.

¡Que Dios ayude á Toreno,
Y á Orovio, en tanto dolor!

DIÓGENES.

LA VIDA

(CUADROS AL FRESCO)

I

EL BAUTIZO.

...Pues el delito mayor
del hombre, es haber nacido...

—Vecina!
—¡Hola, señá Pepa!... ¿cómo tan de mañana?
—¡Pues ahí verá usted!... ¡como que he pasado la noche en vela, y como que no tenía ya gana de acostarme!...
—¿Y cómo así?...
—¡Psh! ¡cosas del mundo!... Se le antojó á media noche *desocupar* á doña Mónica... ya sabe usted... la del segundo...
—¡Sí, sí, la esposa de don Bonifacio, el del resguardo!...
—Justo... y vea usted por donde he andado rodando de aquí para allá, para servir las necesidades del momento.
—¿Y qué tal fué el paso?
—¡Hija, ni visto ni oído!... en ménos de media hora despachó la vecina, dando al mundo un chico como un ternero.
—Como el padre, ¡vamos!
—Hay opiniones: casi todos dicen que el chico se parece á don Manuel, como un huevo á otro huevo.
—¿Quién es ese don Manuel?
—Pues ese jóven rubio que visita mucho la casa: oficial, dicen que es, en la Caja de *Expositos*.
—¿De Depósitos dirá usted?
—Como usted quiera.
—¿De suerte que hay su poquito de murmuración, eh?
—Como en todo: pero allá se las avengan: yo cumplo con el deber de asistir á don Bonifacio, cuando me busca, y no me meto en más honduras.
—Y el hombre lo merece todo, dicho sea de paso.
—¿Que si lo merece? ¡Misté, de verdad! ni el cordero pascual es más bueno que el tal señor: hombre es que todos le quieren bien: de su casa á la oficina: ni tiene amigos, ni se le conocen vicios, ni fuma más que de *papel* y hechos en casa. Si alguna vez tiene junta, ó necesidad de salir á esas cosas de los hombres, así como á votar por el gobierno, ó pagar la contribucion, avisa en seguida á don Manuel, porque no se quede sola doña Mónica, y procura volver á su casa cuanto antes.
—¡Bendito señor!... ¿estaré loco de contento?
—¡Ya vé usted, la cosa no es para ménos! al fin y al cabo tiene 63 años, ¡y es el primer hijo que le da su mujer!
—¡Sesenta y tres ya!
—Y bien cumplidos.
—Pues doña Mónica no tendrá ni la mitad.
—¡Cá, señora! veintisiete cumplió el día de la Virgen del Pilar.

Tenia entreabierto el balcon de mi despacho, y hallándome en él, no perdí ni una sílaba del diálogo anterior entablado y sostenido de ventana á ventana, por las respectivas vecinas del cuarto 4.º
—¿Conque es decir que la vecindad ha aumentado de anoche á hoy?—me dije,—pues es indispen-

sable pasar á dar mi pláceme al buen don Bonifacio, por tan feliz suceso.

Y dicho y hecho, púseme el *paletó*, tomé el sombrero, y subiendo desde mi *principat* al *segundo*, penetré en el domicilio de don Bonifacio Capricornio y Pincha-uvras, auxiliar cuarto, de la clase de sextos, en la direccion general de Rentas estancadas.

En zapatillas y bata, calados anteojos y gorro, salió en persona á recibirme, invitándome á penetrar silenciosamente en su despacho, para no alterar el reposo de la puerpera, que á la sazón descansaba de las pasadas fatigas.

Trascendia la casa á espliego quemado, y notábase el desórden de muebles y efectos, propios de las contingencias del caso.

—No son estos momentos, —le dije en voz muy bajita,—para distraer ni molestar á los amigos: vengo tan sólo á felicitar á usted por el feliz suceso de anoche, y á reiterarle, que como amigo y vecino estoy siempre á su disposicion.

—Gracias, mil gracias, amigo mio,—me contestó con muestras de declarada alegría:—le hubiéramos molestado si algo hubiese ocurrido de extraordinario: pero felizmente ha salido todo á pedir de boca. Esto no quita para que con antelacion tuviera á usted designado para que nos dispensara un obsequio.

—Diga usted.
—Mónica quiere que el niño, porque sabrá usted que tengo un hijo varón?...

—Sí, lo sé, por los vecinos.

—Pues bien, quiere Mónica que le bauticen mañana mismo, y cuento con su amabilidad para que nos sirva de testigo en la ceremonia religiosa.

—¡Con mil amores!... ¿A qué hora?

—De siete á siete y media.

—No faltaré: ¿quiere usted algo? ¿Le ocurre cosa alguna que mandarme?

—Por el momento nada más que ofrecerle este nuevo servidor...

—¡Gracias, mil gracias! Le di la mano, que estreché entre las suyas, y volví á entrar en mi casa; sin que hasta el presente haya podido explicarme por qué causa, acudiría á mi memoria en tales momentos este apotegma: *La ignorancia es la madre de todas las felicidades*.

Al siguiente día y á la hora de la cita, volví á casa de mi don Bonifacio.

¡Qué animacion! ¡Qué alegría en el rostro de todos los circunstantes! ¡Amigos y vecinos, de los convidados á la ceremonia, vestían sus trapitos de fiesta!

El dueño de la casa, el padre de la criatura,—no nos es lícito pensar como las vecinas de marras,—estaba también de gala, y ostentaba en la pechera de su camisola un afiler de topacios, cuyo peso le encorvaba dulcemente.

Saludé á todos, saludáronme ellos con espontánea afabilidad. Fuí presentado á la que iba á servir el cargo de *madrina*; después al *padrino*.

El padrino era don Manuel, el rubio, el jóven, el oficial de la caja de *Expositos*. Me pareció que estaba un tanto turbado, como el que desea salir cuanto antes de una situacion difícil.

—¡Va usted á ver mi chico,—exclamó don Bonifacio.—¡Ya está vestido!...

Y, en efecto, á los pocos momentos me ponian delante de los ojos un *rorro*, que lucia los suyos cerrados, sobre una masa de carne blanda y encendida, destacándose en la orla de puntillas y encajes que adornaban su gorra.

—¡Mire usted!... ¡Mire usted qué alhaja!...

—¡Probécito!—añadió una vecina.—¡Ni siquiera se ha despertado!...

—¡Vamos á ver, vecino! ¡Vamos á ver! ¿á quién se parece el niño?... ¡Con franqueza!

—¡Señoras mías! ¡Me preguntan ustedes por lo que aún no tienen seria respuesta! Cuando esas facciones adquieran forma, cuando los rasgos de la fisonomía se detallen, cuando la materia se organice con precision, será tiempo de juzgar...

—Pues á mí no hay quien me quite de la cabeza que el chicho se parece todo á su madre.

—No opino como usted: yo le encuentro más parecido á don Bonifacio.

—Para mí tiene gran semejanza con don Manuel.

Y poniéndose éste de mil colores, exclamó:

—¿Connmigo? ¡Ave-María Purísima! ¡Qué ocur-

rencial!...
—¡Bonifacio! ¡Bonifacio!—dijo á este punto la madre de la criatura.—Estais perdiendo el tiempo en esas averiguaciones. Llevad cuanto antes el niño á la Iglesia.

—Tienes razon, mujer, tienes razon. ¡Ea, no se hable más! Muchacha, coge el niño con cuidado de no arrugarle la falda, y... cuando astedes quieran, nos ponemos en marcha. Mónica, quedamos en que se le ponga el nombre que acordamos anoche.

—Sí, y los del día de hoy, como abogados y patronos.

—Pues ¡eal!... hasta luego, hija mia, hasta luego.

Y padre y padrino, madrina y testigos, amigos y convidados, bajamos á la calle, desde donde repartiéndonos en los coches de plaza, que ya nos esperaban, salimos en direccion de la iglesia parroquial.

A su puerta fuimos recibidos por el sacerdote, revestido ya de las insignias de su ministerio sagrado; colocó la estola sobre la cabeza del recién nacido, y tomando la direccion de la capilla bautismal, seguimosle todos para dar ingreso en el seno de la comunión cristiana á un español más.

—¿Cómo se ha de llamar?—preguntó el sacerdote.

—Aquí tiene usted la nota.

El sacerdote (*leyendo*):—Federico, Mignel de los Santos, Estéban, Paulino de la Transverberacion de Nuestro Padre Jesús Nazareno... (*hablando*) El primero no puede ponérsele.

—¿Por qué?

—Porque no está en el santoral romano.

Don Bonifacio.—El caso es que yo quiero que se llame así.

El cura.—Pues no puede ser.

Don Bonifacio.—Pues póngale usted como quiera. Le pondremos los demás.

El cura.—¡Corrientel!... ¿Quién es el padre?

Don Manuel.—Servidor de usted.

Don Bonifacio.—¡No, hombre, no: que usted es el padrino!

Don Manuel.—Dispense usted, yo creia...

El sacerdote.—¿Y la madrina?

Don Bonifacio.—Doña Mónica Sánchez de...

Un amigo.—Pero don Bonifacio, ¡si esa es la madre!

El sacerdote.—Yo pregunto por la madrina.

La madrina.—Servidora de usted.

El sacerdote.—Colóquese usted aquí, y coja el niño. Usted, señor padrino, á mi izquierda; los testigos al lado respectivo.

Y tras de esto, del agua derramada, la Uncion del Oleo Santo, y la postura *salis sapientie*, el hijo de don Bonifacio Capricornio y Pincha-uvras, pasó á llamarse en forma, Miguelito de los Santos etc., etc.

Después... ¡después lo de cajón!

Una vez en casa, el nuevo cristiano pasó de mano en mano, recibiendo el ósculo de amor y paz de amigos y convidados, y empezó la devastacion del preparado chocolate, con inmediato acompañamiento del tradicional *manguito*, las pastas, dulces secos, y demás golosinas de ordenanza. Para disfrutar de atmósfera ménos cargada de la que respirábamos en el comedor, pequeño para la aglomeracion de gente que entónces le invadia, entreabrí el balcon, y... apercíbime en el acto, de que las vecinas del cuarto *cuarto* dialogaban nuevamente sobre el suceso de actualidad.

—¡Ya han vuelto de la iglesia!

—Sí, he visto entrar en casa la comitiva.

—¡Y el chico iba que daba las todas!

—Tal padrino tiene.

—¡Y el padre, que está *chocho*!

—Vamos, que la cosa no es para ménos!

—Pues yo voy á echarme una falda, y bajar á mezclarme entre los del jolgorio.

—¡Bien hecho; tambien participó usted de las incomodidades!

Y sin prestar oídos al resto del diálogo, aproveché al primera ocasion propicia para despedirme de padres y convidados, y volver á mi casa, desde la cual me permito decir á ustedes:

Con variantes más ó ménos características y omision ó aumento de ciertos detalles, que la intencion cómica prestó á este *cuadro*, así han empezado ustedes el camino de la vida física, cristiana y social.

EDUARDO SACO.

La Correspondencia nos comunica un hecho sensible.

La empresa del ferro-carril del Mediodía, sin previo aviso, ha dado orden para suspender los envíos de ropas con destino á las provincias inundadas.

El gobernador de la provincia desconoce esta orden, y la prensa sus fundamentos.

Los perjuicios que en estos instantes ocasiona, son gravísimos.

El remedio nos parece sencillo.

Páguese toda remision, con arreglo á tarifa, de los fondos de la suscripcion nacional, y cumpliendo estrictamente las leyes, múltese, sin consideracion de ningun género, á la empresa de estos ferro-carri-les, siempre y cada vez de las infinitas que falta á su deber, aplicando estas multas al socorro de los inundados, quienes, de seguro, saldrán ganando con este acto de justicia.

POMPEYA

LA CIUDAD DESENTERRADA

NOVELA HISTÓRICA

(Continuación)

—¿Qué deseais?—pregunté con voz fuerte.

—¡Oh, tú, quien quiera que seas,—me contestaron,—apresúrate á derribar esta puerta maldecida! Hemos perdido la llave, la casa arde con fuego voraz, y estamos en peligro de morir abrasados.

Al oír estas palabras, pronunciadas por una voz que revelaba el mayor terror, me apresuré á coger un gran pedazo de lava que aún conservaba parte del calor que le prestara el volcan, y di con ella grandes golpes en la puerta.

En la parte de adentro continuaban asimismo pugnando por derribarla, con la fuerza que presta la desesperacion.

¡Pero en vano! la puerta, que era muy robusta, no cedía en lo más mínimo á nuestros esfuerzos reunidos.

Oyóse en aquel momento un ruido sordo y prolongado dentro de la casa, seguido de un resplandor muy vivo, que lanzó á los aires incalculable número de chispas.

Parecía como si se hubiera desplomado una gran pared.

Yo continuaba descargando golpes furibundos en las macizas tablas, y pedía socorro con grandes voces á los habitantes de aquella calle.

Empero todo estaba silencioso: nadie respondía á mis clamores.

Dentro de la casa no se oía ya ruido alguno.

Un silencio de muerte había sucedido á los golpes y exclamaciones.

—¡Valor!—grité uniendo mis labios á las tablas. —¡Reunid vuestros esfuerzos y ayudadme! La puerta comienza á ceder!

Así era, en efecto.

Algunas tablas estaban desprendidas ya del marco, y por las pequeñas grietas salían delgados hilos de humo y un vapor sofocante y espeso.

¿Qué había sucedido entre tanto dentro de aquella casa?

Reuní mis esfuerzos, y dando dos ó tres pasos á mi espalda, arrojé el trozo de lava contra aquella maldita puerta.

Esta acabó de desencajarse, y se abrió por fin.

Por ella salieron torrentes de llamas, y un humo negro y sofocante.

Me apresuré, despreciando el riesgo á que me exponía, á acercarme á aquella boca infernal.

¡Ay! ¡sólo divisé un mar rugiente de fuego, y abrasados escombros por todas partes!

El piso alto de la casa ya no existía.

Al desplomarse, había producido el estruendo que oyerá un momento antes, sepultando entre los escombros á la familia de Cefalio.

Este había partido días antes para Heráclea, ciudad marítima de la Propóntide.

¿Qué le esperaba á su vuelta?

¡Las ruinas de su casa opulenta, y lo que aún es más doloroso, los restos mortales de su esposa, de su hija y de sus esclavos!

¡Ay del triste Cefalio!

XXV

La procesion de los nazarenos.

Mi alma, lastimada ya, no podía resistir tantas escenas de desolacion.

Al retirarme de la arruinada casa del comerciante de Tesalia, había visto pasar un carro tirado por dos tardos bueyes.

Dentro del carro, y tendidos á lo largo, se veían dos ancianos, un hombre y una mujer, que me parecían profundamente dormidos.

Guiaba el carro un hermoso joven de formas hercúleas, el cual aguijoneaba de cuando en cuando á sus bueyes.

En su sombrero de paja y en su túnica de tela grosera, reconocí á un habitante del campo.

—¿Qué llevas en ese carro?—le pregunté con voz dulce.

—¡Los cadáveres de mis padres!—me contestó sollozando.—Ayer en mal hora llegamos á esta ciudad, que detestan los dioses, á vender unas legumbres.

Se hizo tarde para retirarnos á nuestra morada, y nos sorprendió la catástrofe, arrebatando la vida á los que me dieron el sér.

No quiero que sus cadáveres queden sepultados entre las ruinas de esta ciudad, y los llevo lejos, muy lejos de ella.

¡Ay! ¡Para qué hemos venido á este remedo del Tártaro!

—¡Dii avertite omen! (los dioses nos libren)—exclamé alejándome del campesino, el cual tornó á aguijonear á sus bueyes.

Tantas escenas de dolor, repito, ya tenían agotado mi ánimo.

Los dioses, á no dudarlo, habían decretado la destrucción de Pompeya, indignados por los vicios é impiedad de sus habitantes.

Mucho tiempo hacía que el culto de los grandes dioses estaba casi abandonado.

En sus altares, sólo de tarde en tarde se quemaba el incienso, y apenas corría en ellos la sangre de las víctimas destinadas al sacrificio.

En cambio eran adorados Vénus, Priapo y Baco, porque solo la impureza y la embriaguez dominaba á los pompeyanos.

¡Bien merecido era, por lo tanto, el castigo del cielo!

Cuando hacía estas reflexiones, escuché á lo lejos un canto triste y monótono, que parecía irse aproximando lentamente.

Más que canto parecía aquello un lamento, y se asemejaba mucho á los acompasados gemidos de las *præfixas*, cuando entonan las alabanzas de un muerto.

Así que estuve más cerca de los que cantaban, distinguí sus vocos varoniles.

Avivé el paso lleno de la mayor curiosidad, y después de doblar la esquina de una calle, me encontré en presencia de una extraña procesion.

Se componía ésta de unos treinta ó cuarenta hombres, vestidos de luengas túnicas azules.

Todos llevaban una larga sogá atada al cuello, y teas encendidas en las manos.

En el color de sus túnicas y en sus barbas y largos cabellos, divididos sobre la frente, no tardé en conocer á los nazarenos.

No creía que existieran tantos individuos de esta secta misteriosa en la ciudad de Pompeya.

Algunas mujeres los seguían también con las manos unidas, y la cabeza inclinada sobre el pecho.

¿A dónde caminaban de aquel modo?

Al frente de los nazarenos marchaba un hombre de elevada estatura, en cuyo paso majestuoso y larga barba gris, no tardé en reconocer á Arrio Diómedes.

Mi señor llevaba en sus manos una gran cruz, y clavada en ella la imagen del Dios á quien adoraba, la imagen del Hombre al cual el pueblo hebreo había dado muerte en Jerusalem.

Arrio Diómedes, con la cabeza alzada y fijos los ojos en la Cruz, parecía absorto en su mística contemplacion, sin que nada le distrajera de ella.

Algunas personas se asomaban aquí y allá en los pórticos, y al ver pasar á los nazarenos, murmuraban en voz baja.

Todos se indignaban de que aquellos hombres, que hacían alarde de menospreciar á los dioses, paseasen el suyo por las calles de la ciudad, agobiada bajo el peso de un inmenso infortunio.

Los nazarenos, entre tanto, sin hacer caso alguno de los murmullos que promovía su presencia, proseguían sosegadamente entonando su canto fúnebre, que terminaba al final de cada estrofa con estas palabras:

«¡Dios misericordioso, Santísima Madre de Dios, libradnos de la muerte eterna y del pecado!»

Las murmuraciones de los pompeyanos fueron tomando cuerpo, hasta venir á parar en sordas amenazas.

A éstos siguieron gritos frenéticos, y cuando la procesion llegó al lugar en que yo me hallaba, algunas piedras lanzadas por manos vigorosas, vinieron á caer zumbando en torno de los prosélitos del nuevo Dios.

—¡Mueran los cristianos!—gritaban algunos.

—¡Ellos son la causa del triste estado á que nos vemos reducidos!—añadían otros, gesticulando con furor.—¡Sin sus crímenes y su impiedad, que indignan á los dioses, Pompeya no estaría como está, casi en ruinas!

A. DE SAN MARTIN.

(Se continuará.)

CHARADA

Hojas y flores,	Sobre mis hombros
Pámpano y hiedra	Iré mi cesta;
Ornen, muchachas,	Y entre las uvas
Vuestras cabezas;	Que ya no quepan
Que alegre Baco	En mi barriga,
Os brinda fiestas	Haré que metan
Con el acopio	Doce ó catorce
De <i>prima</i> <i>tercia</i> .	<i>Tercia</i> <i>primera</i> ,
Quien no se ría,	Manjar del alma
Quien llore penas,	Hecho con letras.
Quien no adornare	Y os aseguro
Las rubias trenzas	Que si en la senda
Con los despojos	Que al pueblo guía,
De la faena,	Quiere la adversa
Que huya y se esconda	Suerte que un <i>todo</i>
En <i>dos</i> <i>tercera</i> .	Me acometiera,
Yo con vosotras	De una palmada
Iré á la aldea;	Le hago pavesa.

(La solución en el próximo número).

Madrid, 1879.—Imp. de E. Rubiños, plaza de la Paja, 10

Precio de los anuncios: 4 rs. la línea en las dos ediciones.
M. J. del Perojo, 41. Fg. Montmartre, PARIS.
Único agente en Francia.

ANUNCIOS

Tirada de la ILUSTRACION UNIVERSAL, 23.000 ejemplares.
Para todos los anuncios de España, dirigirse á la
ADMINISTRACION, calle de Villalar, 6, MADRID.

URBANO MANINI, EDITOR
BIBLIOTECA DE LUJO

OBRA NUEVA

EL CRISTO DEL PERDON

ORIGINAL DE

D. PEDRO ESCAMILLA

Precio: 4 reales en toda España.

Obras publicadas en la misma biblioteca.

PAUL DE KOCK

La joven de las tres enaguas.
Las ligas de la desposada.
Los arroyuelos.
La hermana Ana.
El hombre de los tres calzones.
Un buen sujeto.
El rigor de las desdichas.
La mujer, el marido y el amante.

Para recibir cualquiera de estas obras, remitir cuatro reales en libranza ó sellos á D. Urbano Manini, editor, Villalar, 6, Madrid.

LA ILUSTRACION UNIVERSAL

AVISO Los señores suscritores de provincias cuyo abono termina en el próximo número

85 se servirán remitirnos sin pérdida de tiempo el importe de otro año de suscripcion, ya sea en una libranza ó ya bien en sellos de franqueo si careciesen de Giro Mútuo en sus localidades.

Al renovar de este modo su suscripcion por otro año, se servirán acompañar una de las fajas impresas con las cuales han recibido nuestro periódico; y si alguna equivocacion, tanto en el nombre como en las señas, hubiese existido en dichas fajas, se servirán corregirlas con toda claridad á fin de rectificar las que nuevamente se impriman.

CALLE DE VALVERDE, 3 FARMACIA DE ALBARRAN ANTIGUA DE COLLANTES

ESENCIA YODURADA DE ZARZAPARRILLA

Es la misma que preparaba en su oficina mi profesor, el acreditado farmacéutico de esta corte, D. José Villegas Valderrama. Necesaria á los convalecientes de afecciones herpéticas, sífilíticas ó venéreas, principalmente cuando se han tomado con esceso preparados mercuriales ó estos no han sido bien administrados. Destruye el virus venéreo y es un excelente purgativo de la sangre.

Precio, 8 rs. frasco. Sin yoduro, 6 rs.

VALVERDE, 22

Marcos de talla, antiguos y dorados.

SE VENDE UN APOSTOLADO.

CORONAS

pensamientos, monturas para sombreros

VALVERDE, 6, Gualterio Kuhn.

TRABAJO NACIONAL

MARCA F. L. T.

Fábrica de galleta fina, estilo americano, más barata y mejor que la inglesa. Cajas elegantes para su envase y condiciones alimenticias inmejorables.

LUNA, 20, MADRID

30 reales caja de 4 libras. 8 reales la de una.

E. JIMENEZ SCHLACHTER

constructor de muebles de ebanistería y tapicería.

Hortaleza, 50.

BILBAO.—LIBRERÍA Y ENCUADERNACION DE D. Francisco Reventos, calle de la Parra, 5.—Gran surtido de todos los libros que se publican en Madrid.

PARA PINTO, Y PARA UN CABALLERO solo y estable, se necesita una criada de regular edad y con buenos informes, que sepa algo de cocina francesa, lavar y planchar.—En la Compañía Colonial, calle Mayor, 18 y 20, darán razon.

SE TRASPASA LA ANTIGUA SALCHICHERÍA de la Cava Baja, núm. 28. En la misma darán razon.

PARIS

EN EL TRATADO DE HYGIENE
la opinion espuesta por el
Doctor O. BEVEIL

es que para evitar ó curar las Enfermedades de la Piel, tales como Rugosidad, Grietas, etc., conviene usar el

JABON-ORIZA

El mas fino, el mas dulce y el mejor perfumado

L. LEGRAND, único Fabricante
207, Rue St-Honoré, 207
En todas las Perfumerías de Francia y del extranjero.

EXIGIR LA MARCA DE FABRICA

PATATAS.—2.000 arrobas blancas superiores, á 3 cuartos libra y 8 rs. arroba. Se sirve á domicilio de una arroba en adelante. San Jacinto, 1, esquina á la de la Abada.

ALFOMBRAS.—EL QUE QUIERA alfombrar por poco dinero, puede aprovechar esta ocasion, que no se verá en otra. Se liquidan todas las existencias del gran almacen de la calle del Carbon, núm. 1. Hay moquetas á 11 rs., fieltros á 8, cordelillos á 2 1/2 y Bruselas á 19. Se vende todo el mobiliario del establecimiento.

NEGOCIO.—QUIEN DESEE ADQUIRIR no sólo la propiedad de un invento importante, sino tambien darle su nombre, puede dirigirse á D. Ramon Lisana, San Juan de los Reyes, núm. 19, Granada, y se le dirán las condiciones.

EN 25 DUROS SE VENDE UN PIANO. Razon, Aduana, 39, 2.º interior.

BOTICA.—Se vende una muy barata y á propósito para trasladarla á un pueblo. Dirigirse á N. del Campo, farmacéutico, Vitoria.

PRÉSTAMOS SOBRE MUEBLES, y por papeletas del Monte se da hasta el 50 por 100. Cruz, 37 y 39, pral. izquierda.

PATATAS, GARBANZOS, legumbres secas, huevos. Quien tenga cantidad, dirigirse: Claris, 67, 3.º, Barcelona, A. Leon.